

**DANA
HART**

BESO

Y entonces lo besé, como en un fa sostenido. Apreté mis labios contra los suyos y dejé que las luces y las sombras se unieran. Escuché, el modo en el que mis demonios se ponían de acuerdo y el vértigo se marchó. Lo sentí temblar, perder la consciencia, mientras yo recuperaba la mía. Se fusionó cada aspecto de mi cuerpo, no por él, sino por mi, que al fin estaba íntegra, allí, presente. El monstruo que no se nombra se subordinó a mi yo. Ella pudo brotar sin ahogarme. Y mi yo narrador, pudo dirigir mi propio destino.

Bebí de su beso. Lo consumí, como si fuera un sueño. El metal de su cuerpo, el imán de mi cuerpo, se soldaron. ¿Cuánto duró? Pudo haber sido un año o un día. Pudieron haber pasado soles, uno tras otro, mirándonos con envidia. Y estrellas, consternadas, al ver que no las veíamos. Mares. Lagos. Ríos. Gentes. Camila hablando con

sus rayos. La plaza. El ágora. Las camas tendidas. La chimenea. El cine y las palomitas. El comedor y el lavadero. Todo fluyó alrededor, sin notar, que nuestras partículas se fundían.

No quería soltarme. No quería dejar que la rueda siguiera girando, y nos empujara hacia otro momento, distinto a este, en el que nos unía un beso. No quería retarlo a volver a su sitio. ¿Cuánto duró? Si me iba a quedar para toda la vida, en el recuerdo, en los movimientos de mis brazos, en mis piernas yendo hacia cualquier sitio, cualquier día. Iba a estar allí. Encerrado. Capturado en mi recuerdo. Estiré, tanto como pude, aquel beso. Sintiendo ese olor, que te acaricia y te abraza. Esa suavidad, que amontona los pensamientos. Esas chispas, que prendían fuego mi sensibilidad y la suya.

Él tampoco quería soltarse. Sentí su tranquilidad, la paz que recorría sus circuitos. La necesidad de no tener ninguna otra necesidad. La rotura de la contradicción. Pero había que soltarse.

Mi cuerpo se enderezó hacia su sitio. Y fue cuando supe que tenía que partir. Que no podía quedarme. Supe que tenía que volver, a mis batallas, a hacer de mi mundo, un lugar como aquel sitio. Sin intereses antagónicos. Sin vidas privadas. Sin tierras pisoteadas. Supe lo que tenía que hacer. Una gran tarea. No podía perderme en besos, ni convertirme en imanes. Tenía que volver. Encontrar el camino para transformar mi realidad, salir de la caja. Es difícil, ya lo sé. Pero la gente que conozco merece saber. Merece Universidades a cielo abierto, para poder estudiar lo que decida, sin tener que endeudarse hasta la médula. Merece comer, sin tener que mendigar un

trozo de pan, trabajando por un salario que ninguna relación tiene con sus doce, trece, catorce horas de jornada. Merece la gratuidad, de todo aquello que le obligan a pagar con el esfuerzo. Camas tendidas. Naturalezas que no le atacan. Paz. Merece vivir sin la contradicción y la constante necesidad. Laborando dos horas al día, desarrollándose el resto. Viviendo. La gente merece vivir.

Convertí aquel beso sostenido, en una despedida. Levanté la tapa. Decidida. Ni a perseguir perros, ni a pintar círculos. Ya no tenía nada que envidiarle a Leopold Bloom. Y podía renunciar a ver el edificio de la civilización humana, desde la puerta de entrada. Ahora sabía lo que tenía que hacer. Tenía que luchar.

WWW.DANAHAARTESCRITORA.COM